
LA SOCIOLOGIA DEL CONOCIMIENTO, ENTRE LAS SOCIEDADES DEL TRABAJO, DE LA COMUNICACION DEL CONOCIMIENTO Y DEL RIESGO*

Javier Noya Miranda
Universidad Complutense de Madrid

Entre los días 7 y 10 de julio tuvo lugar en Miskolcz (Hungría) el Congreso Húngaro de Sociología, que se celebró bajo el muy sugerente lema de *La transición social en el Centro y Este de Europa. Continuidad y discontinuidad*. En este marco temático, el programa dio cabida a una reunión internacional sobre Karl Mannheim en conmemoración del centenario de su nacimiento. He aquí la relación completa de las ponencias presentadas:

- Eva Gábor (Hungría): *Mannheim a BBC-ben (1943-1946)* (Mannheim como colaborador de la BBC entre 1943 y 1946).
- Ritsuo Akimoto (Japón): *Acceptance of K. Mannheims Theory and its Problems in Japan* (La aceptación de la teoría de Mannheim en Japón y sus problemas).
- Alexei Mositchev (Rusia): *Ideological Forms of Social Transformation: the Case of Russia* (Las formas ideológicas de la transformación social: el caso de Rusia).
- Attila Molnár (Hungría): *A vallás jelentésváltozása Mannheimnél* (Las transformaciones del significado de la religión en la obra de Mannheim).

* Comentario sobre las ponencias del grupo de trabajo número 3 («Karl Mannheim y sus temas hoy día») del Congreso Húngaro de Sociología, Miskolcz, 7-9 de julio de 1993. El autor agradece a Péter Somlai (Universidad Loránd Eötvös, Budapest) y a Kristól Gosztonyi (Freie Universität, Berlín) su ayuda, así como sus sugerencias y críticas.

- Gábor Felkai (Hungría): *Tervezés és demokrácia* (Planificación y democracia).
- Eva Karádi (Hungría): *A Konkurencia problémája a szellemi életben* (La cuestión de la competencia en la vida intelectual).
- Nico Stehr (Canadá): *Knowledge-based Occupations* (Las ocupaciones basadas en el conocimiento).
- Anna Wessely (Hungría): *A műértő* (El esteta).
- Endre Kiss (Hungría): *Az újkori racionalitás elméletének megfogalmazása Mannheim Károlynál* (El enfoque de Mannheim sobre la teoría de la modernidad y la racionalidad).
- Dénes Némedi (Hungría): *Durkheim-Mannheim alternatívája a tudásszociológiában?* (Durkheim-Mannheim: ¿alternativas en la sociología del conocimiento?).
- András Karácsony (Hungría): *A manheimi tudásszociológia és riválisai* (La sociología del conocimiento de Mannheim y sus rivales).
- Péter Somlai (Hungría): *Szocializáció és áthagyományozás* (La socialización y la transmisión de valores).

En este trabajo comentaré (y en algún caso criticaré) las contribuciones que considero que fueron de mayor interés por su originalidad o su profundidad. También me atreveré a pergeñar y enhebrar algunos argumentos sobre la sociología del conocimiento surgidos al hilo de la reflexión sobre esas ponencias.

I

Los trabajos de A. Mositchev y R. Akimoto contienen síntesis inteligentes de sociología del conocimiento y sociología política aplicadas a los procesos de transformación de los regímenes autoritarios en regímenes democráticos. Siguiendo la cronología de sus temas, empezaré por el trabajo de Akimoto.

Sus referentes son el Japón de la transformación capitalista de finales del siglo XIX y principios del XX y el posterior a la Segunda Guerra Mundial, y más en concreto su proceso de democratización. En su trabajo se glosa el predicamento de que gozaron las ideas de la «planificación para la democracia» y la «democracia militante» del segundo Mannheim entre los sociólogos japoneses en los períodos mencionados, en los que arraigaría el proceso de institucionalización de políticas sociales en Japón de la mano de los «burócratas sociales» de, sobre todo, el Ministerio de Interior¹. En una situación de derrota y crisis de valores, la apelación de Mannheim a la educación como modo de creación del *homo democraticus* habría de tener, también, una buena acogida.

En el trabajo, sin embargo, no se indaga en las hipotéticas causas últimas

¹ Véase, al respecto, Garon, pp. 123-190.

de estos fenómenos de recepción de ideas. Me interesa destacar al respecto que la sintonía que subraya Akimoto bien pudiera tener su origen en el mismo presupuesto institucional de la sociología del conocimiento de Mannheim —en su «contexto de descubrimiento».

Como se ha subrayado muy bien para explicar los caracteres de su sociología del conocimiento, Mannheim vivió el vértigo del acendrado relativismo de Weimar. A lo que quizá no se haya prestado tanta atención es a que también gravita en su obra el peso de los regímenes políticos autoritarios, primero austro-húngaro y después alemán. Mann ha señalado que la esencia del funcionamiento de los regímenes autoritarios es la estrategia del *divide and rule* ejercida por los grupos dominantes, que persigue la fragmentación de los intereses y de la esfera pública a través del juego de las alianzas con los diversos sectores sociales. Sin negar la validez de otras explicaciones, creo que la curiosa amalgama mannheimiana de democracia y consensualismo puede entenderse mejor si se tiene muy presente esta marca diacrítica de los regímenes autoritarios, que Mannheim combatía con la idea de la planificación para la democracia.

El trabajo de Mositchev toma como referente empírico las transformaciones políticas, económicas y sociales de la Unión Soviética de la *perestroika* y la *glasnost*. La labor teórica se concreta en la crítica de las explicaciones de esos cambios en clave económica —fracaso de la planificación comunista— o política —de mera rotación de las élites en el partido— y en la defensa de una interpretación «culturalista» —por crisis de unos valores y auge de otros—. En la articulación de esos valores, el autor cree distinguir una secuencia de tipos ideales que nombra según la famosa terminología hegeliana: el complejo de valores estoicos, el complejo escéptico y el complejo de la conciencia desdichada. El primero es descendente y se corresponde con la defensa de los valores comunistas, fundamentalmente, por miedo a lo desconocido. El segundo es ascendente y representa, frente al racionalismo, el universalismo y el burocratismo comunistas, un conjunto de «actitudes negativas hacia lo otro»: el particularismo, el nacionalismo, el irracionalismo. Finalmente, la conciencia desdichada, también ascendente, se nutre de la actitud entre irónica y cínica hacia el pasado comunista. Parece la postura encarnada por la *intelligentsia*.

Para abordar su tarea crítica, Mositchev se basa en el Mannheim de *Ideología y utopía* y del *Conservadurismo*. El autor elabora su hipótesis culturalista aplicando, también, a las sociedades postcomunistas la idea habermasiana del «agotamiento de la utopía de la *sociedad del trabajo*». A pesar de explotar este bagaje, creo que, sin embargo, no se acierta a formular hipótesis claras y concretas sobre las posiciones sociales portadoras de las distintas *Weltanschauungen* que descifra —o, por lo menos, no tan claras y concretas como las de la obra seminal de Mannheim—, lo que pone seriamente en duda la viabilidad de su proyecto de investigación.

Entro ahora en el bloque de ponencias que tienen por eje la teoría sociológica del conocimiento.

P. Somlai desgrana las líneas fundamentales de la teoría de la socialización del último Mannheim. Sobre el trasfondo del vívido conflictivismo del primer Mannheim resulta muy llamativo el consensualismo gris del segundo, en especial su apelación a la religión como colchón atenuador del conflicto social. Somlai elude esta temática para pasar a relacionar la socialización con las clases medias, otro de los temas característicos del segundo Mannheim. A través de la hipótesis de la socialización diferencial de las clases sociales de M. Kohn intenta restaurar y renovar la sociología mannheimiana de la socialización. Según esa hipótesis, los individuos de clase media socializan a sus retoños en la comunicación y la autonomía moral; los sujetos de clase obrera, en el premio o el castigo y, por lo tanto, en la heteronomía moral. En un segundo paso, lo anterior se conectaría con la utopía habermasiana de la *sociedad de la comunicación* que promueven las nuevas clases medias en los nuevos movimientos sociales. En este sentido, creo que cabría afirmar que Somlai descubre el mannheimianismo de Habermas: para éste, como para Mannheim, las clases medias son el «nuevo hombre» que necesita la sociedad.

«La competición no opera meramente en el margen, como estímulo, como inductora o como causa esporádica de la producción intelectual (hecho que cualquiera admitiría), sino que entra como elemento constitutivo de la forma y el contenido de todos los productos y movimientos de la cultura.» Con estas palabras de *La competencia como fenómeno cultural*, de Mannheim, quisiera introducir el trabajo de E. Karádi, que pretende reactualizar esta obra de 1928 relacionándola, también, con el igualmente temprano concepto de «conocimiento conjuntivo». En ese ensayo, Mannheim cimentaba las bases de la sociología del conocimiento sobre unas bases radicalmente conflictivistas. Una vez superado el monopolio eclesiástico medieval sobre la verdad, la producción de imágenes del mundo sería resultado de la competencia constante entre grupos cada vez más atomizados. Aunque a veces se den síntesis que pueden hacer pensar que la codiciada verdad se ha manifestado sin ambages, el estado natural de las ideologías es la competencia, hasta tal punto que, como insinúa Mannheim, éstas podrían entenderse como meras racionalizaciones de conflictos existenciales irreductibles. Karádi compara el enfoque de la competencia intelectual de Mannheim con el de los «paradigmas» de la sociología de la ciencia de Kuhn. A su modo de ver, en Kuhn hay una radicalización de la posición mannheimiana que tendría su origen en el influjo de las ideas de L. Fleck. Asumiendo la terminología de Mannheim, creo que se puede decir que, para Karádi, Kuhn da el paso de una formulación «especial» o «restringida» de la ideología en la ciencia a una formulación «general».

Nemedi contrasta los que considera que son los dos paradigmas fundamentales de la sociología del conocimiento: el funcionalista de Durkheim y el relacionista de Mannheim. Para dar más peso a la comparación, se distinguen dos etapas en la sociología de Durkheim:

- El Durkheim de los «hechos sociales», cerrado a la relativización del conocimiento en tanto en cuanto propugna la existencia de una facticidad

social positiva. En esta tesitura no habría lugar para el dualismo conocimiento/realidad, sobre el que se asentaría la sociología del conocimiento.

- El Durkheim de la sociología de la religión y las clasificaciones simbólicas, en el que el dualismo se acepta y se transforma en el isomorfismo entre la organización social y la cosmología.

Mannheim habría recorrido el camino contrario con su tránsito del relacionismo a la planificación democrática y, en cierta manera, decisionista. Pero, para Nemedi, la diferencia entre el funcionalismo y el relacionismo, en lo tocante a la sociología del conocimiento, seguiría quedando bien formulada en estos términos: el primero es consensualista; el segundo, conflictivista. El peculiar materialismo histórico de Mannheim sería prueba fehaciente de ello.

La comparación entre teorías es el género que practica, también, Karácsony en su ponencia. La sociología del conocimiento de Mannheim se coteja ahora con la de N. Luhmann y N. Elias.

Habiendo hecho suyo el marco estructural-funcionalista de análisis, Luhmann dará forma a una metodología propia, el constructivismo sistémico, para el análisis de las «semánticas sociales». Son éstas plexos simbólicos articulados alrededor de diferencias binarias que filtran nuestra observación del mundo. Asociadas a los diversos sistemas —sea la economía, la religión, el derecho, etcétera— contribuyen a la autopoiesis de éstos, a su cierre autorreproductivo, que avanza conforme los sistemas se van diferenciando en cada una de las acciones de los sujetos. Para Karácsony, sin embargo, la sociología del conocimiento de Mannheim es más una forma de constructivismo social. La unidad de análisis en Luhmann es el código semántico, que da a los individuos su identidad en cada sistema; para Mannheim, por el contrario, los individuos son los soportes del conocimiento.

En la segunda parte de su contribución, Karácsony ensaya la interpretación del «intelectual flotante» mannheimiano desde la dicotomía central de la sociología del conocimiento de Elias: «compromiso» *vs.* «distanciamiento». Para el autor, Elias apura mejor el trazado de lo que son los obstáculos sociales —los imperativos de la interdependencia en el seno de las figuraciones sociales— que hacen varar el distanciamiento del intelectual respecto a las relaciones sociales.

N. Stehr abordó el tema de la creciente importancia cuantitativa y cualitativa de los expertos, *managers*, consultores y, en general, de las ocupaciones basadas en el conocimiento en las sociedades contemporáneas avanzadas. La idea es que este conjunto de ocupaciones es el segmento con la velocidad de crecimiento más rápida de toda la fuerza de trabajo. Este fenómeno, unido al hecho de la dependencia también creciente de la sociedad respecto a los expertos para afrontar la complejidad creciente de los problemas económicos, políticos o incluso personales, se interpreta como una metamorfosis profunda de la sociedad del trabajo en una *sociedad del conocimiento*. En la sociedad del

conocimiento, el trabajo se ve sustituido por el conocimiento como fuente del valor —teoría del valor— conocimiento.

El argumento enlaza coherentemente, innovándola, con la temática de los intelectuales (del primer Mannheim) y la clase media (del segundo Mannheim). Ahora bien, creo que en él, como en otros trabajos que desarrollan la idea de la sociedad del conocimiento, se obvian o minimizan dos problemáticas importantes:

— La cuestión del análisis de clase de la sociedad del conocimiento, que permitiría identificar a la Mannheim los soportes sociales del conservadurismo y el utopismo en esa sociedad. Al limitarse sencillamente a levantar acta del imparable proceso de «noologización de la sociedad» —como, por otra parte, ya hicieran los teóricos de la sociedad postindustrial—, se hace de esa clase de expertos una especie de «clase flotante» por encima de las relaciones de clase, cuando en realidad —utilizando la terminología del análisis de clase— se trata de una posición contradictoria de clase (E. O. Wright) o una subclase de servicio o bien «intermedia superior» (J. H. Goldthorpe) en interacción con otras clases típicas de la sociedad del trabajo que, a pesar de la «noologización», siguen existiendo, o han surgido precisamente a su sombra —el «proletariado de servicios» (G. Esping-Andersen)—. Por un lado, buena parte del conocimiento que esas clases ejercen como bien productivo «viene» —es resultado directo de— de los conflictos entre las clases de la sociedad del trabajo por la extensión de las oportunidades educativas; por otra parte, ese mismo conocimiento «va a parar» a las relaciones de poder, dominación, explotación, etc. —a gusto del teórico de clases correspondiente—, que entrañan las relaciones de clase: el *manager* se sitúa entre el capitalista y el proletario, el profesional entre el Estado y el cliente, etc. Si esta crítica no es del todo incorrecta, la sociedad del conocimiento no se puede desligar tan tajantemente de —o anteponer a— la sociedad del trabajo.

— La sociedad del conocimiento es una sociedad del riesgo. Stehr recalca el aumento de certidumbre y eficacia que supone en muchos casos el paso de la solución de determinados problemas a manos de los expertos. No tiene, sin embargo, en cuenta que con el supuesto avance de la sociedad del conocimiento por encima de la sociedad del trabajo, industrial, etc., también se libera un potencial de incertidumbres y se eleva el umbral de contingencias, pues temas que antes engrosaban el «apriori no contractual del contrato» son ahora objeto de análisis y negociación por los profesionales y expertos. En esta interpretación alternativa, al menos en el momento inicial del despegue, con la sociedad del conocimiento se instaura una disciplina de Tántalo: se crean tantas incertidumbres y disfuncionalidades como se destierran, sobre todo en lo tocante a los riesgos morales. A mayor incertidumbre e inestabilidad de criterios en las decisiones —algo que acarrearía la sociedad del conocimiento por los flujos incontrolables de información que inyectaría—, mayores serán también los incentivos perversos para la acción. Pondré un ejemplo de este tipo de proble-

mas en el marco de las «sociedades del conocimiento» del Estado de Bienestar (en concreto, los sistemas de sanidad públicos):

- 1) Efectivamente, el sector público social ocupa a una proporción considerable de esa «nueva clase» de expertos, asesores, etc. Pero, además, la gestión del Estado de Bienestar pasa cada vez más a especialistas que implantan criterios de racionalización y eficiencia (por ejemplo: el recurso a la toma de decisiones según protocolos médicos).
- 2) Lo anterior tocaría al lado de la oferta. Por el lado de la demanda, la difusión de conocimientos médicos y de salud entre los pacientes hace que éstos demanden servicios (a veces, innecesariamente) que antes controlaban sólo los expertos.
- 3) Este enfrentamiento entre expertos y «legos informados» crea importantes problemas fiscales y de legitimación en los sistemas públicos de sanidad.

II

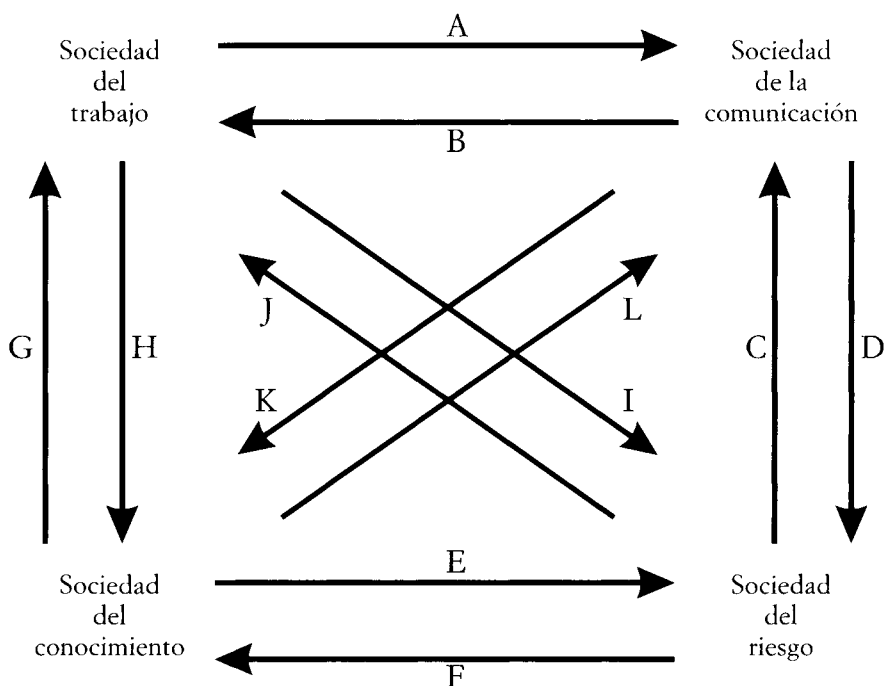
Las reflexiones anteriores me dan pie a proponer un esquema de interacciones entre algunos de los tipos ideales bajo los que, últimamente, los teóricos sociales han pretendido quintaesenciar los rasgos estructurales de las sociedades occidentales avanzadas: la sociedad del trabajo, la sociedad de la comunicación, la sociedad del conocimiento y la sociedad del riesgo.

En la discusión de la propuesta de Stehr ya he señalado el que para mí sería el doble signo de la interacción entre la sociedad del trabajo y la sociedad del conocimiento (G y H, en la figura 1). También ha quedado esbozada la forma de interacción entre la sociedad del conocimiento y la sociedad del riesgo (flecha F). En este trabajo discutiré algunas interacciones más que se ponen de manifiesto cuando nos aproximamos a estos tipos ideales desde la óptica de la sociología del conocimiento.

La sociedad de la comunicación y la sociedad del riesgo se entrelazan en virtud de una relación homóloga a la que he apuntado para la sociedad del conocimiento y el riesgo (flecha D). La sociedad de la comunicación, de darse, según dicen sus teóricos, como fin de lo social (tal como lo conocemos), supondría en buena lógica un aumento incontrolado de costes de información y transacción, que sólo normas e instituciones —conocimientos y consensos implícitos— podrían devolver a límites psicológica y socialmente soportables². La

² Sería éste un corolario sancionado tanto por la nueva economía institucional (Williamson) o la economía posicional (Hirsch) como por la sociología del conocimiento (de Mannheim, pero también de un Luhmann o una Douglas, por ejemplo). La diferencia entre los dos enfoques estribaría en lo siguiente: para los primeros, las instituciones reducirían la incertidumbre en el día a día, en la interacción reiterada entre las personas; para los segundos, el ámbito de las instituciones es, por el contrario, el de las grandes decisiones y la construcción del sentido (las cosmologías). Véase Douglas.

FIGURA 1

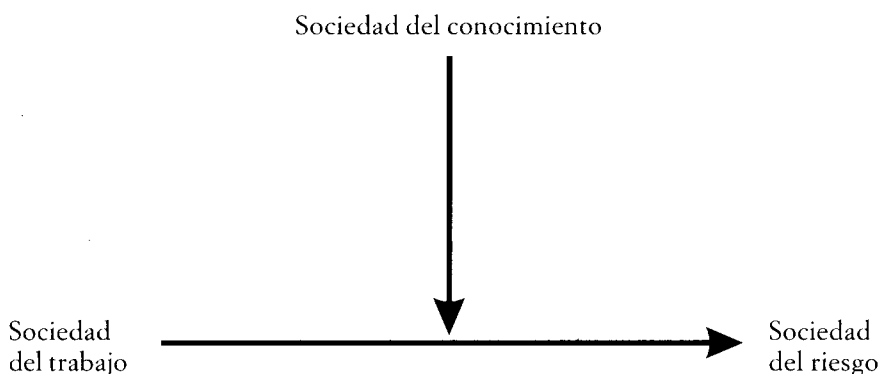


sociedad de la comunicación podrá ser sólo un «estado-subproducto», no intencional (Elster)³.

En relación con lo anterior está la discusión de los vínculos sociocognitivos entre la sociedad del trabajo y la sociedad del riesgo. Desde posiciones marxistas se ha sostenido que el argumento de los costes de transacción (en economía) o de la reducción de la complejidad (en sociología) oculta en la manga —desvía la atención de— la carta del poder y la dominación, siempre en manos del capitalista. Las instituciones y normas jerárquicas de la sociedad del trabajo no son necesariamente las más eficientes, sino únicamente las que más benefician al capitalista: ésta sería, muy resumida, la crítica. El interés del capitalista, y no la eficacia, explican las instituciones típicas de la sociedad del trabajo. Si entendemos: *a*) que una parte del «riesgo» que deben tener en cuenta —aunque no siempre lo hagan— las hipótesis de la sociedad del riesgo es, ante todo, «riesgo moral», es decir, la disminución de la aversión al riesgo y, consiguiente-

³ Véase en este sentido la crítica de Elster a la teoría normativa de la sociedad de la comunicación de Habermas. En Münch se esboza una teoría positiva de la sociedad de la comunicación que, aún siendo neofuncionalista, tiene en cuenta estos problemas de «desequilibrio sistémico».

mente, el incremento de la probabilidad de uso de las normas en beneficio propio al amparo de esas mismas normas, y *b*) que quien más recursos de poder tenga mejor podrá conocer e imponer una interpretación de las instituciones y las normas para reforzar su posición, efectivamente, también habría que admitir que la sociedad del riesgo no se puede desligar tan fácilmente de la sociedad del trabajo⁴ (flecha I). Si, además, consideramos lo dicho sobre los *managers* y expertos de la sociedad del conocimiento, sobre su posición central en la jerarquía de la sociedad del trabajo⁵, tendríamos una auténtica interacción, una relación del tipo:



En lo tocante a la sociedad del conocimiento y la sociedad de la comunicación desde una idea como la de la «planificación democrática» de Mannheim, parece evidente que una sociedad reflexiva, para serlo, debe ser también una sociedad transparente⁶ (flecha K). Aunque creo que aquí, una vez más, nos encontramos con el problema de los estados que son subproductos y la importancia del apriori no contractual del contrato, el conocimiento implícito, compartido sin comunicarse: cuando se pretende ser reflexivo ya se deja de serlo un poco⁷. A este respecto, Lau y Beck han analizado los dobles vínculos por los

⁴ Esta crítica es extensible tanto a Beck como a Giddens, los principales abanderados de la sociedad del riesgo, según los cuales en ésta los conflictos son por la distribución de los riesgos y ya no por la renta, el consumo o las oportunidades vitales, como era el caso en la sociedad del trabajo. Sobre el concepto de «riesgo moral» véase Stiglitz.

⁵ «La expansión del conocimiento altamente especializado no ofrece perspectivas muy plausibles de oposición a los intereses capitalistas. Es más probable que la oposición emerja entre los trabajadores más rutinizados o “proletarizados” que entre los “trabajadores del conocimiento” más educados» (Macy, p. 16).

⁶ Sobre la posibilidad de la transparencia total y la función del secreto en la vida social, véase Simmel.

⁷ «Desde que Flaubert dijo “Madame Bovary soy yo”, todos entienden que un escritor hace, siempre, autobiografía. Sin embargo, se puede decir que es un poco menos autobiográfico cuando se propone abiertamente el tema de la autobiografía, porque entonces su narcisismo, por una parte, y, por la otra, el gusto de narrar pueden conducirlo a una deformación maliciosa de los hechos y personas» (G. Berto).

que se ven absorbidas las ciencias sociales al definir los problemas sociales ante «la sociedad». Un enunciado causal no es por sí solo una solución a un problema y, si pretende serlo, probablemente deje de ser ya un «neutral» enunciado causal. Abandonará así el metalenguaje científico para caer presa de las pugnas entre los lenguajes convencionales por la definición de la realidad social⁸.

III

Tomando como estímulo las ponencias comentadas en la primera parte de esta nota, sólo he apuntado cómo podría ser el análisis de los mencionados tipos ideales de las sociedades contemporáneas avanzadas en los términos de la sociología del conocimiento, sin ninguna pretensión de exhaustividad ni sistematicidad⁹. En muchos casos, los acuñadores de esos tipos los ofrecen como alternativas a otros, cuando, en realidad, ni siquiera hablan del mismo referente empírico —a veces, en realidad, no hablan de ninguno—. Si precisamente en la sociología del conocimiento la «abstracción fuera de lugar» está más fuera de lugar que en ninguna otra sociología —idea de Mannheim de la «determinación existencial del conocimiento»—, sin duda, la sociología del conocimiento podrá coadyuvar a que se reconduzcan por cauces más fértiles algunos de los entuertos y desencuentros teóricos provocados por el uso ilegítimo de esos tipos ideales —y de otros que, sin duda, han de venir—. ¡Qué mejor mensaje en el centenario del nacimiento de Mannheim!

⁸ De ahí que desde distintos campos se haya propugnado el desarrollo de la «investigación-acción», que, según sus abanderados, rompería ese doble vínculo paralizador.

⁹ No toco, por ejemplo, el tema de la imbricación de la sociedad de la comunicación y la sociedad del trabajo porque ya han sido numerosas las voces que se han alzado muy convincentemente contra su fisión. Propongo al lector interesado que continúe el análisis buscando siempre referentes empíricos de las relaciones del esquema.

REFERENCIAS

- BECK, U. (1986): *Risikogesellschaft*, Suhrkamp, Frankfurt.
- BERTO, G. (1990): *El mal oscuro*, Debate, Madrid.
- DOUGLAS, M. (1987): *How Institutions Think*, Routledge, London.
- ELSTER, J. (1983): *Sour Grapes*, CUP/MSH, Cambridge, Paris.
- (1986): «The market and the forum: three varieties of political theory», en J. Elster/A. Hylland (eds.), *Foundations of Social Choice Theory*, Cambridge U. P., Cambridge, pp. 103-132.
- GARON, Sh. (1992): *El Estado y los trabajadores en el Japón contemporáneo*, MTSS, Madrid.
- GIDDENS, A. (1991): *Consequences of Modernity*, Blackwell, Cambridge.
- HABERMAS, J. (1982): *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus, Madrid, 2 vols.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1990): *La sociedad reflexiva*, CIS, Madrid.
- LAU, Ch./BECK, U. (1989): *Definitionsmacht und Grenzen angewandter Soziologie*, Westdeutscher V., Opladen.
- MACY, M. W. (1991): «New-Class Dissent in the U.S. and Sweden: A State-Centered Explanation», dactgr.
- MANN, M. (1993): *The struggle between authoritarian rightism and democracy (1920-1975)*, Fundación J. March, Madrid.
- MÜNCH, R. (1991): *Dialektik der Kommunikationsgesellschaft*, Suhrkamp V., Frankfurt.
- OFFE, C. (1984): *Arbeitsgesellschaft*, Suhrkamp, Frankfurt.
- STIGLITZ, J. E. (1987): *La Economía del sector público*, Bosch, Barcelona.

TEXTOS CLASICOS